



el descubrimiento  
del futuro

don't believe in yourself,  
don't deceive with belief.  
knowledge comes with death's release.



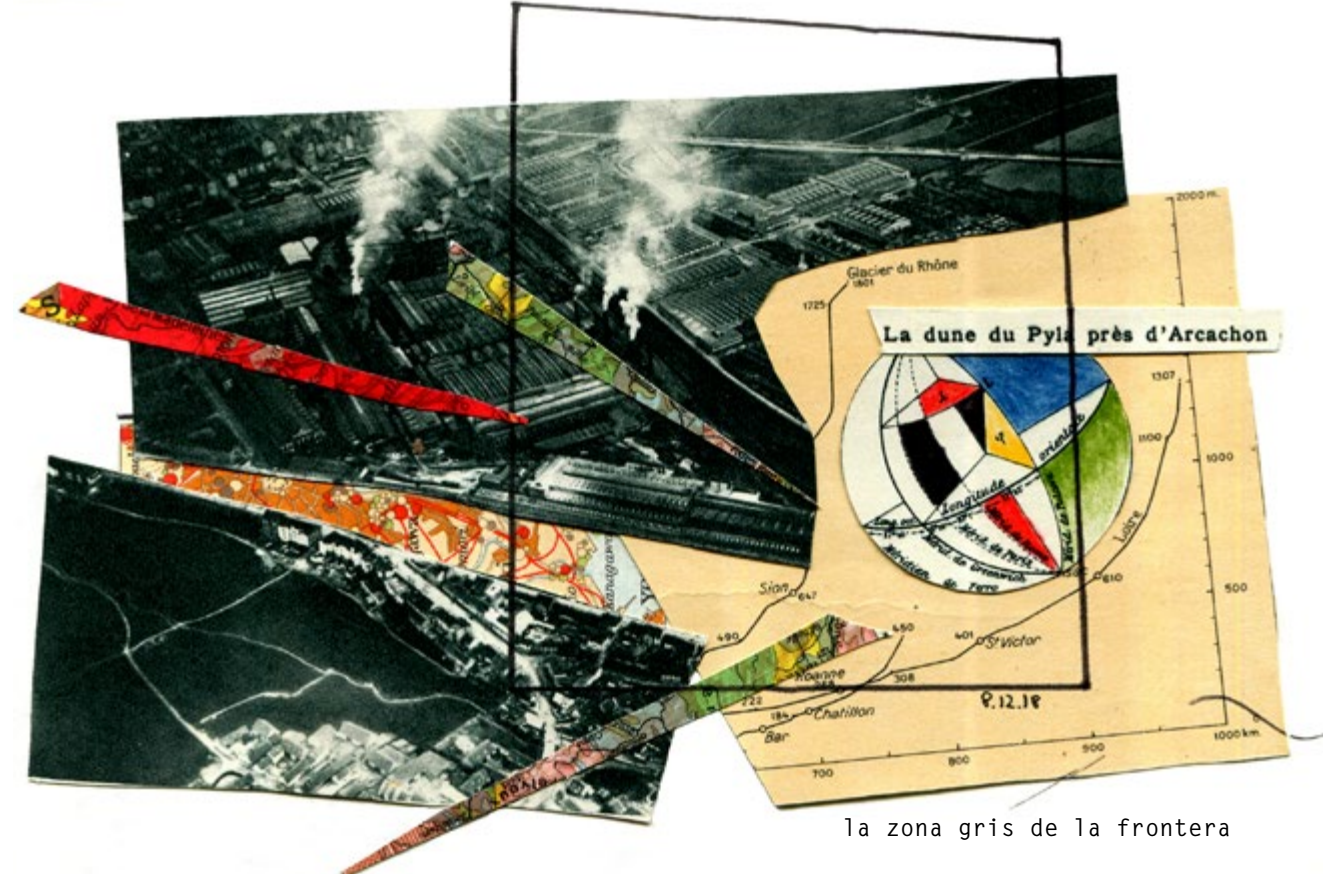
Todo gran descubrimiento nace de una combinación única de perspicacia y oportunidad pero ello no significa, por supuesto, que la idea esté ahí, por su cuenta, esperando a ser encontrada. Antes de la idea no hay idea. Están sus elementos, sí, pero aun dispersos: un poco de agua, un poco de sol, un poco de sal. Y tampoco eso basta. Ni la tierra más negra y húmeda puede engendrar, por sí misma. Es preciso que algo caiga y se entierre. ¿Y de dónde viene esa semilla? Siempre de lejos. El pensamiento es un extranjero que llega y hace patria en el desierto. Vino con el hombre y se irá con él. Pero no es mi intención hablar aquí del antes y el después. Me detendré, mejor, en el bioma ambiguo que no es estepa pero tampoco pradera y que, muy frecuentemente, se resuelve en un monte abigarrado de árboles secos y espinosos. Antes de que las cosas se muestren claras bajo la luz de la mañana y se puedan ordenar los tantos -esta es una espina, aquella una hierba- hay, decía, un terreno confuso, incierto, como pinos entre médanos.

Con frecuencia las personas normales prefieren la comodidad de lo certero y evitan el monte pinchudo. No suelen tener tampoco grandes ideas: eligen en general rápido y en general mal. Sin embargo, no quisiera cargar las tintas contra la gente normal porque, en definitiva, cada uno es la norma de sí mismo y los acontecimiento que suceden en la zona de transición son siempre tumultuosos y más de uno se ha perdido en ella total o parcialmente. En particular, el Dr. O había dejado ir la cara interior de su brazo izquierdo y toda la superficie sensitiva que va desde la parte alta del pecho, baja por las costillas y se ahueca hacia el medio y continúa en los muslos hasta los pies. En su retirada, el pedazo de cuerpo que ofrecía a su hermana en el abrazo había dejado una sensibilidad de cicatriz, alérgica al contacto.

Así, amputado y desorientado se encontraba el Dr. O cuando la idea se hizo presente y es que el dolor que emana de un mal absoluto despierta, en circunstancias propicias, un particular estado de lucidez. Pues más allá de los pensamientos edificantes que nublan la vida media y la vuelven soportable, hay otro territorio, más frío, neutro e inexorable. Allí los gatos son pardos y los hombres, inermes. Así, decía, con la herida expuesta como a quien ya no le importa, O se paseaba por la casa como un fantasma, entregado a las minucias de la tarea doméstica. Barría el polvo, lo levantaba con la palita y lo arrojaba al tacho; estiraba la funda del sillón y amasaba los almohadones para dotarlos del punto justo de mullido. Regaba las plantas del balcón. Esa era su tarea preferida. Y sobre todas las plantas, el arbolito litoraleño, de hojas gruesas, rojas y verdes, que Sofía le había llevado como regalo para la casa nueva. Un retoño joven y una pieza rectangular de macramé, que dibujaba un jirafa y decía "Noé", con tilde. Ese tilde o, más precisamente, su ausencia, la había obligado a deshacer lo hecho y volverlo a empezar. Dos veces, entonces, había tejido el regalo para Noé. Una planta, el rectángulo deshecho y vuelto a hacer, un cuerpo amputado. Tales eran las marcas que en las cosas anunciaban una ausencia precisa y lacerante.

Una serie de acontecimientos, en sí mismos, no constituyen una historia ni, en sentido estricto, tampoco una serie. Eso es cierto si se miran las cosas a la luz del presente pero vistas desde el futuro la situación es muy distinta. Desde el futuro, todos y cada uno de los eventos son necesarios, pues ya han ocurrido. Son pasados, su materia ha perdido la potencia creativa, está muerta, cristalizada. El caso que nos ocupa no escapa a estas generalidad, ni a otras por descubrir, pero describe la tenacidad de un hombre dispuesto a permanecer tanto como fuera necesario en la zona gris de la frontera.

Pues O, ante todo, no quería imponerle a los hechos una ley antigua; quería recibirlos en su gravedad nueva. Sólo si era capaz -pensaba- de resistirlos al máximo, sin atenuantes, llegaría un día -aun lejano- en que la marea de la tristeza se retirara y dejase, tras de sí, la arena suave y húmeda de la convalecencia. Pero, ¿cómo estar a la altura de cosas y no debajo o aplastado por ellas? ¿Y en qué se distingue su actitud de la de aquel que buscando morigerar la onda expansiva, se arroja sobre la bomba y la envuelve en su pecho? Tales pensamiento regresaban incesantes, sobre todo por las noches, interrumpiendo el sueño y sumergiendo a O en un sonambulismo inducido durante el día.



la zona gris de la frontera

Como todo descubrimiento visto a los ojos del presente, la constatación del carácter material del futuro está tan naturalizada entre nosotros que resulta difícil comprender porqué a nadie no se le ocurrió antes. Lo novedoso del pensamiento del Dr. O, escribiría el Prof. Dr. W en su ya clásica reseña de *Los fundamentos futuros del presente*, «es la postulación del carácter material del futuro. El alcance de esta idea -continuaba W, en un derroche infrecuente de elogios- aún no puede ser ponderado». La primera observación del futuro realizada por la Dra. K es, como se sabe, la historia de una confusión. Pero no sería injusto, por su parte, sostener que todo el pensamiento de O es apenas un corolario a los experimentos de suspensión temporal que K había realizado en el Centro Atómico B, 5 años antes del advenimiento de la idea. Sólo que K había interpretado los datos según el viejo paradigma, esto es, desde de el punto de vista del presente. Con todo, la observación de K resultó crucial. Su celebre constante determina, desde entonces, no sólo el punto de aceleración media a partir del cual la materia se futuriza y -no es menor- el umbral de equilibrio más allá del cual hay que detenerse. Nadie quiere más advenimientos borrascosos.

Basta recordar el incidente que terminó con el CERN, y gran parte de Meyrin. El primer advenimiento artificial del futuro, paradójicamente, impidió a O ser contemporánea de la aceptación universal de la que hoy goza su descubrimiento. Tal fue el grado de estupor generalizado que se cortó *in limine* la financiación para los experimentos de futurización. Al menos, públicamente. Los grandes agentes del sistema financiero, por su parte, comprendieron de inmediato que si les era posible conocer el futuro no errarían nunca en sus apuestas. Y no

faltaron los especialistas que pregonaban el final de las crisis recurrentes del capitalismo si el futuro, finalmente, se plegara a coincidir con las proyecciones del presente.

Pero el asunto, trascendía la esfera pública y se hundía en las conciencias. La gente en el ascensor, en las redes, en las camas se preguntaba por su propio destino: ¿qué sería de mí, decían, si pudiera controlar mi futuro o cuanto menos conocerlo de antemano para estar preparado? Lo que, en general, se reduce a esto: eludir el evento que precipita todas las cosas. Tomar un rodeo en el espacio, detenerse en el tiempo.

16 horas, 24 cuatro minutos, 36 segundos. En ese instante, Sofía ingresa al plano. Con el pelo al viento, aun mojado y refrescante, secándose al sol de enero. La ciudad, amarilla y desierta. Las calles se deslizaban bajo las ruedas: la tarde pedía terraza y amigos y a su encuentro iba Sofía, con el solero fresco y la mochila convenientemente dispuesta en el canasto, para minimizar el sopor. Un segundo más tarde desaparece de la imagen y un segundos después ingresa el interno 50 de la 126. Ambos desaparecen. Luego, cola de autos y gente corriendo, pidiendo auxilio. ¿En qué momento -se revolvía el insomne O- su hermana había advertido que el curso de los eventos era irremediable, que su cuerpo sería aspirado por el vacío que la mole generaba a su paso, arrastrándola hacia abajo, entre el pavimento ardiente y el hedor de la combustión? ¿Se habría entregado a los hechos que se precipitaban, abandonándose a la muerte como quien siempre la ha esperado o habría resistido hasta el final, apretando los dientes, mientras la gravedad ofrecía su craneo a un sacrificio inútil?

Pero regresemos a las circunstancias. Después de un año extenuante, la familia KO se estaba regalando unas muy merecidas vacaciones en la cordillerana ciudad de B, a la que siempre regresaban por trabajo o placer. Allí vivía AG, primo de O por línea materna. Pasados los días cálidos y luminosos que acompañaron las fiestas, el tiempo cambió: las nubes bajaron de las cumbres y cubrieron el lago. El tercer día amaneció lluvioso y frío. Los nimbos, casi negros, bañaron el paisaje de luz invernal. Desde los grandes ventanales de la cabaña de AG, en la última calle del barrio, lindera con el bosque, podía verse en un día claro -desde lo alto- la ondulada y marrón orilla norte y, hacia el oeste, las cumbres blanquísimas de la cordillera. A O le gustaba recostarse en el sillón y entregarse al paisaje, dejarse llevar por los pequeños cambios de color en las nubes o los surcos blancos que serpenteaban por el lago: las estelas espumosas de los veleros que navegaban en dirección única desde las montañas a la estepa. En días así de oscuros, por el contrario, lo mejor era bajar al centro.

Y allí fueron. Dejaron al bebé al resguardo familiar y descendieron por el camino de ripio, rumbo a la ciudad. Cumplidos los recados de rigor, almorzaron en el pequeño restaurante de la calle en pendiente, ritual que repetían cada vez que visitaban B. Pidieron la pesca del día y una botella -pequeña- del vino que habían servido en su fiesta de casamiento. Brindaron por el año que comenzaba y por el pequeño Noé. Bajo un chaparrón, más tarde, y guarecidos bajo el paraguas, un cronista de un diario local los capturó compartiendo un helado. El día después su foto ilustró la portada de *El cordillerano* bajo el título «los turistas hacen frente al mal clima». Hacia la tarde, la lluvia y las nubes abrieron paso a la rosada luz del largo ocaso austral y los doctores entregaron sus rostros al Sol, a orillas del lago M. Su día juntos llegaba a su fin. Debían regresar. Además ya comenzaban a extrañar al hijo. Dejaron la playa sin saber que el futuro ya había llegado a la casa.



No había logrado desabrocharse el cinturón cuando, por el espejo retrovisor, O advirtió que AG lo esperaba en el porche. Tanta premura no era habitual en él. Algo andaba mal.

-Pasó algo muy grave -le dijo AG con rostro pétreo y azulado, no bien O descendió del vehículo y fue a su encuentro.

-¿Le pasó algo a mi papá? - preguntó O, como atajándose; pensando en un mal calculable.

-No, a Sofi: tuvo un accidente. -continuó AG, dosificando la noticia para volverla transmisible.

-¿Está internada? -le lanzó O, pidiendo muy poco, casi nada.

AG negó con la cabeza y dijo las palabras que nunca imaginó pronunciar:

-Sofi murió

K, que había escuchado todo, gritó despavorida y casi disculpándose por su propio estupor, corrió hacia su esposo y lo abrazó. O, tieso, solo atinó a articular un pesado mantra que no dejaría de repetir el resto de su vida:

-Estas cosas pasan

Transcurrido el tiempo que dura el abrazo más triste, O se volvió sobre AG:

-¿Lo sabe mi mamá?

-No, todavía no le dije. Ahora voy a hacerlo

-Gracias

El lago permanecía calmo y sobre las aguas quietas se deslizaban nubes bajas y violetas. Dentro, las lámparas ya iluminaban la tarde azul. En el extremo del sillón, la madre de O, doblada de dolor, le pareció frágil: le recordó a su abuela. Mientras, una fisura se abría en su interior y por ella entraba un viento helado que, a toda velocidad, cauterizaba la parte que se desprendía de su vida, aislando todo lo que pertenecía a Sofía, encapsulándolo, demarcando una zona de exclusión. Y a la vez que eso ocurría, una voz le dictaba los pasos a seguir: primero, atender a su madre que negando entre lágrimas se repetía:

-¡Ella no. Era mi hija! -lo que era rigurosamente cierto aunque no hubiera sido fruto de su vientre.

Después, llamó a su padre, ahogado por el dolor en la dependencia policial. Luego a los hermanos. A Joaquín, el menor de ellos pero un hombre ya, le confirmó la peor sospecha. Luego, habló con Ale. Julia necesitaba más tiempo. Al igual que Nelvi. Mientras, planificaron el regreso urgente. Se decidió abandonar el auto con el que habían cruzado el desierto y tomar el primer vuelo hacia la ciudad portuaria. A la primer noche de insomnio le siguieron muchas otras; la lluviosa morgue judicial, con su empleada indiferente detrás de la ventanita de rigor y el olor penetrante de los cadáveres al calor de enero; un velatorio agobiante y marrón que apestaba a humedad y flores mustias y, por último, el peso del cuerpo en la procesión que va del coche a la tumba.

Pasado los días de exequias, O volvió sobre sus pasos y se adentró en la zona mortuorio donde lo esperaba el fantasma de su hermana y el hecho irremediable de su ausencia. Pero no había otra opción si, como decía, quería saber qué había pasado; a fin de cuentas, O era un investigador y su trabajo no consistía en otra cosa. Según la versión policial -que los oficiales le transmitieron a un padre consternado que era también un hombre deshecho- Sofía circulaba en bicicleta hablando por celular. Tan distraída estaba en su ensueño juvenil que no advirtió la presencia de la unidad que la superaba por el lado izquierdo. Seguramente, alegaba el oficial, se asustó, pegó un volantazo y perdió el equilibrio. Su cabeza, al caer, había golpeado contra el asfalto, matándola en el acto, antes de ser embestida por la unidad. «Por suerte, -añadieron los uniformados- es muy probable que haya estado muerta al momento del atropello», como si el problema de la muerte se redujera al grado de conciencia que se tiene de su inminencia. Quiero decir: como si morir sin advertirlo compensara el hecho de perder la vida. No faltó tampoco el empleado de la fiscalía que se compadeciera del muchacho colectivero que, a sus 26 años, se había arruinado la vida -sin reparar, claro, que Sofía había vivido idéntico tiempo y era ella quien estaba muerta- ni la movilera de telediario que preguntaba si Sófía no había decidido terminar con su vida dejándose atropellar. Porque, en definitiva: ¿qué es un ciclista sino un disidente más o menos suicida?

La necesidad de emprender una investigación independiente se volvió imperiosa. Por fortuna, O no estaba solo. Una comunidad de sufrientes se había congregado, espontánea, sobre la certeza de un hecho común: Sofía, que constituía la familiaridad del mundo, el hogar al que siempre se puede regresar, ya no estaba. Sus vidas habían empeorado para siempre, sin remedio.

advenimiento tormentoso



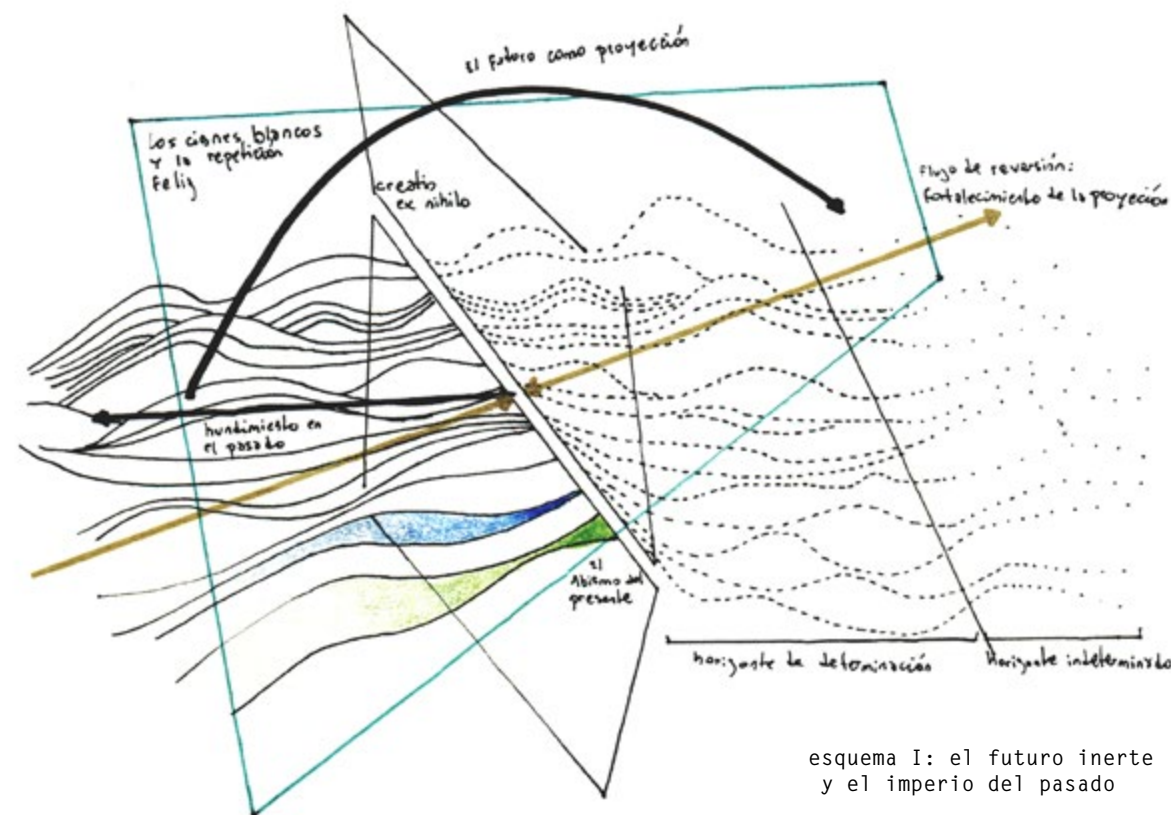
En una entrevista televisiva, O decía:

-Mi hermana era una persona hermosa. Yo la amaba a mi hermana, siempre la voy a amar. Soy el mayor de mis hermanos, nunca creí que iba a tener que enterrarlos.

Y no se equivocaba. El clamor por justicia no se hizo esperar. Como primera medida, O tomó la cámara y emprendió un minucioso relevamiento del lugar del hecho. En la calle Perú al 900, podía verse -hacia mano izquierda, en dirección a Estados Unidos- el corral de obra de una tercerizada de Edesur, que invadía la calzada medio metro. A mano derecha, una larga hilera de autos estacionados y, como puntos prominentes, los containers negros de la basura; uno a mitad de cuadra, otro hacia la esquina. En la zona más angosta no había más de tres metros entre los extremos. Justo ahí había tenido lugar la decisión crucial, cuando el chofer -advertido de que no llegaría a superarla a tiempo- tuvo que elegir entre encerrar a Sofía, librándola a su suerte, o chocar la tosca empalizada. Esto último, hubiera sido, parece, muy vergonzoso para un conductor de estirpe como él. Mejor encerrar a la chica que, al fin y al cabo, no debería estar ahí. Y mucho menos tan contenta, así, pedaleando, sin importar nada de su colectivo. Una pedagogía de la violencia emanada del machismo más ramplón pero no por ellos menos cruel ni homicida.

Morir así, por obra y gracia del inveterado desprecio que ciertos hombres profesan hacia las mujeres, la belleza y, en general, todo lo que es noble y vital, no podía ser en vano. Al menos no para ella, que había consagrado su vida adulta a combatir las convenciones que sometían a las mujeres a un servilismo pueril y degradante.

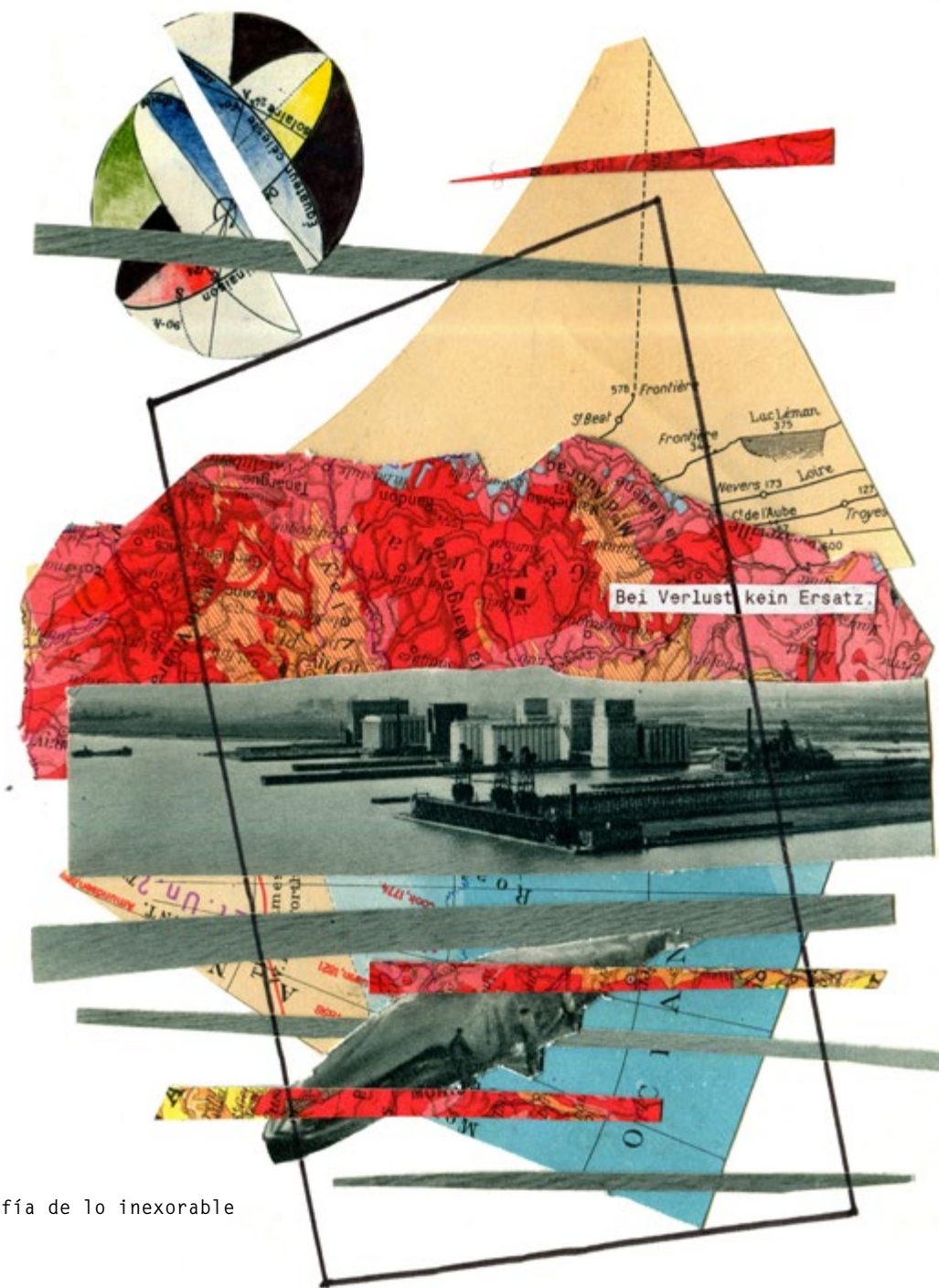
Qué se entienda bien: Sofía estaba dispuesta a ponerle el cuerpo a la injusticia no porque pensara que había padecido el atropello más que nadie sino porque creía que la justicia se ejerce a cada momento y en todo lugar. De haberlo querido podría haberse ofrecido como el objeto más brillante y no habrían faltado oferentes: era un animal hermoso y peligrosamente inteligente. Pero el amor burgués, a puertas cerradas, no resuelve el problema de los otros -los que no entran en la casa - y Sofía abrazaba una causa universal. Por eso los recibía a todos, sin contraseña. Era amiga de la junkie y del taxista porque los tomaba uno a uno, no en su concepto. Sólo había que cuidarla. Justo a ella, que no hubiera dudado en entregar su vida luchando, le tocaba perderla tan absurdamente. ¿Cómo hacer, entonces, para que una vida derrochada cobre algo de sentido?



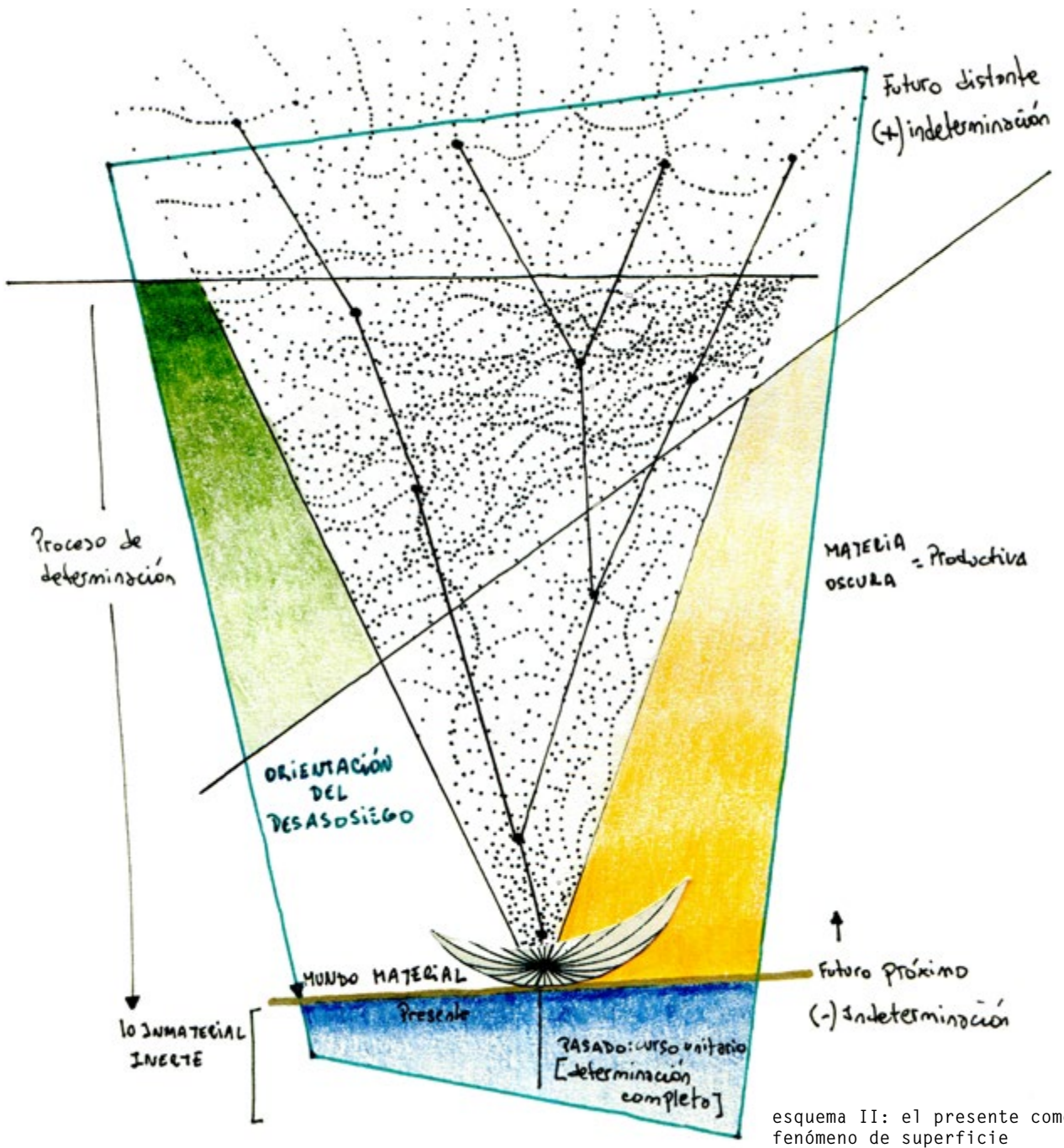
esquema I: el futuro inerte y el imperio del pasado

Como suele ocurrir, la semilla de respuesta le llegó a O de manera inesperada, una tarde de cansancio y embotamiento lindante con la duermevela. Hastiado del trabajo -redactaba a desgano un paper sobre patrones de dispersión bajo presión-, incapaz de dormir -tenía la cabeza a mil-, salió al balcón a tomar aire. Una ráfaga cálida y húmeda le invadió el pecho. Miró el cielo: una columna nubosa rosada y gris avanzaba sobre la ciudad y el viento que traía consigo olía a tierra mojada. ¿Y si el futuro viene hacia nosotros -pensó- en lugar de ir nosotros hacia él? Bajo el paradigma del presente, en efecto, el futuro sólo se presenta bajo la forma de pronósticos; vale decir, como una proyección del pasado. Pero un futuro que se calca sobre el pasado es como arrojar cadáveres en el porvenir. «Ante todo -escribiría más tarde O- el presencialismo implica desconocer la dimensión futura de la materia, la única realmente productiva y cambiante: los cisnes negros no son la anomalía sino, más bien, la regla». De esa epifanía meteorológica se seguirían otras:

Lo que viene, bien visto, nunca reproduce lo ya acontecido pero, muchas veces, su advenimiento es tan suave que las pequeñas variaciones se solapan unas con otras y se disimulan con el presente. En tales casos, las previsiones se cumplen y los hombres sonríen. Vale decir, cuando el gradiente de intensidad entre futuro y presente es bajo, el tiempo fluye como una suave briza primaveral. Por el contrario, cuando las bajas presiones del presente incrementan el diferencial de intensidad, el sistema se vuelve inestable y el futuro deviene tormentoso. Se conforma, así, una borrasca temporal que arrasa, con la fuerza de lo inexorable, los torpes pronósticos de los hombres.



cartografía de lo inexorable



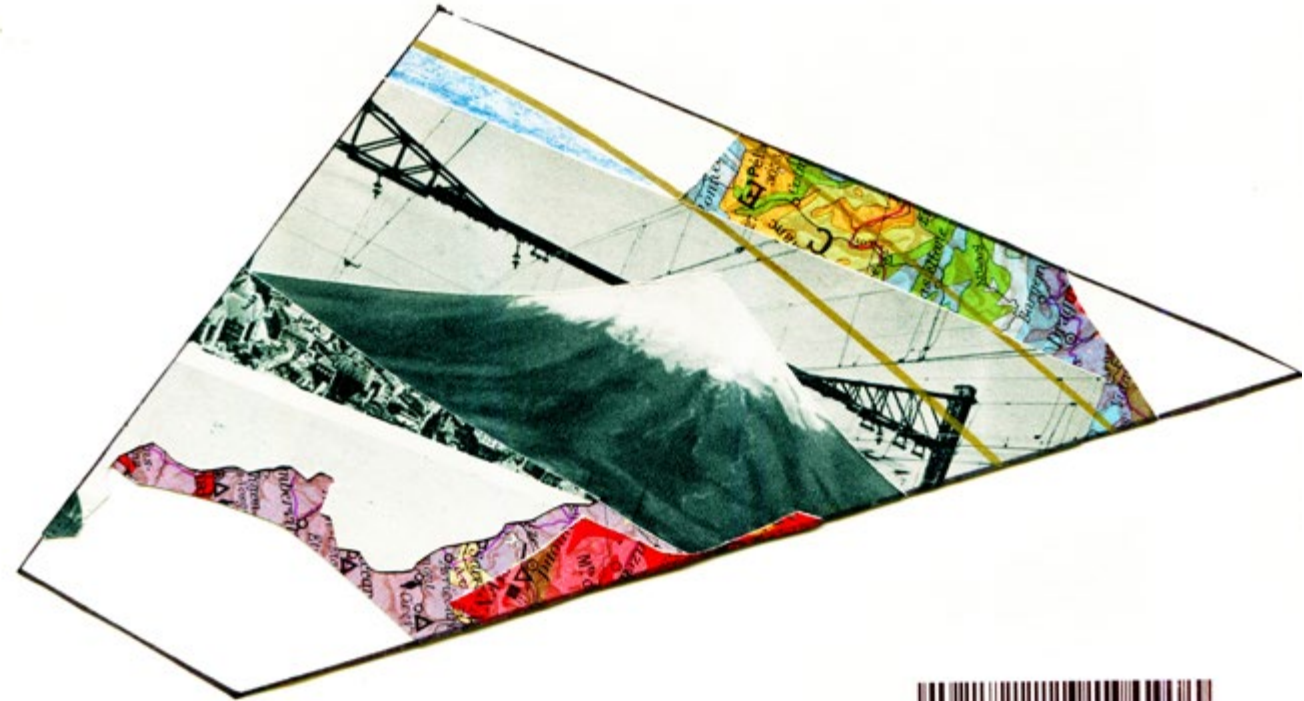
esquema II: el presente como fenómeno de superficie

Lo demás, es historia conocida. La idea del carácter material del futuro se extendió rápidamente y catapultó al Dr. O a una popularidad inesperada y del todo contraproducente para su carácter reservado y algo huraño. Más pronto que tarde, su fragilidad anímica se volvió evidente: comenzó a evitar el trato con desconocidos y, al cabo, abandonó sus cargos universitarios para dejar la ciudad y recluirse en el bosque, junto a su familia, de donde nunca más saldría. Su renuencia, naturalmente, no hizo más que alimentar su fama y su padecer. Pero más allá del drama individual, la idea precipitó una serie de acontecimientos que culminaron, como se sabe, en el colapso generalizado del sistema financiero global. Éste, en su caída, arrastró a la economía real y con ella lo que quedaba de los viejos estados-nación. En el capitalismo tardío de principios del siglo xxi todas las instituciones humanas se habían transformado en agentes económicos, de manera que la interrupción del intercambio calculado precipitó el desmoronamiento de la sociedad en su conjunto. Las grandes hambrunas que siguieron al cierre de la bolsa de Chicago son testimonio cabal de ello.

Es todavía asunto de debate si el colapso del capitalismo se produjo por la competencia fraticida a la que se entregaron los agentes económicos o si fue el pánico generalizado a que la erradicación de la incertidumbre terminara con la posibilidad misma de la especulación. En verdad, las alternativas no son excluyentes y muy bien pueden haber convergido. Lo cierto es que los rumores acerca del futuro comenzaron a invadir los medio de comunicación y los mercados a moverse locamente tras ellos. Para peor, la despersonalización de las decisiones de corto plazo -el reemplazo de humanos por algoritmos- aceleró el efecto dominó. Un robot opera sobre un ámbito muy limitado de la realidad y por ello es muy eficiente. En contrapartida, es incapaz de advertir efectos sistémicos. Ahora bien: ¿qué sucede cuando el problema es el sistema mismo? Las crónicas de la época reportan que los operadores permanecían atónitos frente a las pantallas mientras el capital fluía a toda velocidad de una acción a otra, de monedas a bonos, de activos futuros a seguros contra default. El desquicio culminó con la desconexión masiva de las bolsas del mundo: el gran apagón.

El problema real, sin embargo, se presentó al día siguiente, pues ¿qué sucede cuando lo que hay para comer son sólo números en la pantalla? Es cierto que aún podía operarse en efectivo pero la cantidad de circulante no llegaba a cubrir ni remotamente las necesidades transaccionales. Llegado a ese punto, la crisis se trasladó al sistema bancario: todos quisieron retirar su dinero a la vez y, por supuesto, no alcanzaba. Fútil ensayo, al fin y al cabo, de intercambio de imágenes por papeles -aunque, cuanto menos, los billetes son materiales y sirven para encender el fuego. Con todo, lo que atravesaba una crisis terminal no era la representación sino el dinero mismo en su función de mediación universal: como todo acuerdo, el monetarista estaba también condenado a romperse.

Como era de esperarse, el epicentro del caos tuvo lugar en las grandes aglomeraciones urbanas donde la brecha entre el número de consumidores y la capacidad de producir alimentos era mayor. Si la civilización es el modo de organización relativa a la *ciuitas*, entonces, ella también llegaba a su fin. La gran migración de la ciudad al campo fue lenta, desordenada y llena de penurias. Porque si la urbe se había vuelto inhabitable, el desincentivo a la producción había convertido las grandes extensiones -otrota fértiles- en tierra yerma, regadas aquí y allá por los restos oxidados de la maquinaria abandonada. Y como tampoco abundaba el combustible, los humanos volvieron a depender de sus pies para andar, de sus manos para procurarse el alimento y de los demás para sobrevivir. El retorno obligado a la agricultura, al que los había empujado el hambre, fue acompañado por la conciencia común de la fragilidad compartida. Un hombre llegaba a su ocaso y sobre sus restos, fértiles a fuerza de descomposición, prendía la semilla de un mundo nuevo; uno por el que Sofía hubiera entregado gustosa su vida.



El acoplamiento a los ciclos del cielo y de la vida, consecuencia ineludible del retorno a la tierra, trajo consigo el desinterés por el futuro. El cual, por cierto, no puede ser conocido sin hacerlo venir. Esa y no otra es la enseñanza imperecedera que dejaron los experimentos de aceleración de la materia. La futurización artificial, por lo demás, no es inocua: al incrementar la velocidad, la materia se transforma. Y si la exposición es muy prolongada, se incrementa en la misma medida la posibilidad de que ocurran conexiones aberrantes; de ahí los accidentes: los advenimientos desgarradores, que cambian las cosas para siempre.

Pero si hubiera sido por O no habría dudado un instante en regresar el tiempo atrás y salvar a su hermana, aún cuando ello implicara comprometer el destino de la humanidad toda. Esto, claro, si se mira el asunto desde el presente. Desde el futuro, todo es necesario y nada podría haber ocurrido más que como pasó.



Sofía Osswald murió atropellada mientras circulaba en bicicleta por la ciudad de Buenos Aires el 3 de enero de 2018.

Esta obra se entrega como regalo en homenaje a mi hermana.

# El descubrimiento del futuro

por Andrés M. Osswald

Epígrafe by David Bowie

Fotografía: Yashika 635 - Portra Color 400 - Rebelado y escaneado en C41

Collages: atlas intervenido y coloreado

Esquemas imaginarios: lápices de colores y microfibras sobre papel

Encuadernación: Patonejo

Impresión: Gráfica Rojas

Agradecimientos: una versión preliminar del texto fue leído y comentada por Verónica Kretschel, Valentina Rimedio, Julián Ferreyra, Martín Tallón, Sebastián Brunwald, Alejandro Lumerman, Facundo Lopez, Esteban Covasky, Pablo Pachilla, Rafael Mc Namara, Esteban García, Matías Soich, Santiago Offenhen-den, Celia Cabrera, Nora Luaces, Analía E. García, Alejandro, Julia, Joaquín y Eduardo P. Osswald

Este cuento ilustrado consta de una tirada única de 50 ejemplares

Buenos Aires, 2019



Normas de derecho de autor: CC BY-SA 4.0

